

LIBRO OCTAVO

El Capitolio y su vecindad.

I

DISECCIÓN DE LAS COSAS MAJESTUOSAS

La ascensión extraordinaria, que hacía ya muchas horas que cambiaba los deslumbramientos de Gwynplaine y que le condujo á Windsor, le volvió á transportar á Londres. Las realidades mágicas desarrollábanse ante él sin solución de continuidad; no podía sustraerse á ellas: cuando una desaparecía, aparecía otra, sin dejarle respirar.

La suerte es un juglar: sus proyectiles, que caen, suben y vuelven á caer, son los hombres en las manos del destino: proyectiles y juguetes al mismo tiempo.

La tarde de aquel mismo día, Gwynplaine se hallaba en un sitio extraordinario. Estaba sentado en un banco flordelisado. Llevaba, sobre su traje de seda, una especie de toga de terciopelo escarlata forrada de tafetán blanco, roquete de armiño, y en los hombros dos tiras de armiño bordadas de oro.

A su alrededor había hombres de todas las edades, jóvenes y viejos, sentados como él en asientos flordelisados, y como él vestidos de armiño y de púrpura. Ante él había otros hombres arrodillados y vestidos

con trajes de seda negra; algunos de éstos escribían.

Enfrente de donde se hallaba Gwynplaine, pero á alguna distancia, veía un graderío, un estrado y un dosel; un ancho escudo brillante, en el cual campeaban un león y un unicornio, y en lo alto de las gradas, en el estrado y bajo el dosel, arrimado al escudo, un sillón dorado, que remataba en una corona: era el trono, el trono de la Gran Bretaña.

Gwynplaine estaba sentado, como par, en la Cámara de los Pares de Inglaterra. Veamos ahora cómo se hizo su introducción.

Para el saltimbanqui, toda la jornada fué, desde la madrugada hasta el anochecer, desde Windsor hasta Londres, desde Corleone-lodge hasta Westminster-Hall, un continuo ascenso, de escalón en escalón, y cada escalón le causaba nuevo aturdimiento.

De Windsor vino en los carruajes de la Reina y con la escolta que corresponde á los pares. La guardia que honra es muy parecida á la que custodia.

Dicho día, los habitantes del camino de Windsor á Londres vieron galopar en él una cabalgata de gentiles-hombres, pensionarios de su majestad, que acompañaban dos sillas con magnífico séquito y camina-

ban en posta real. En la primera iba el ujier de la vara negra y en la segunda se veía un sombrero con plumas blancas, que tapaba la cabeza del que lo llevaba. ¿Quién era? ¿Un Príncipe ó un prisionero? Era Gwynplaine.

Podía ser un hombre conducido á la Torre de Londres ó un individuo llevado á la Cámara de los Pares.

La Reina estuvo oportuna: como se trataba del marido futuro de su hermana, le prestó la escolta de su propio servicio.

El oficial del ujier de la vara negra iba á caballo, al frente del acompañamiento; el ujier llevaba en el banquillo de la silla de posta un almohadón de tela de plata: sobre él había una cartera negra, timbrada con la corona real.

En Brentford, último sitio de parada antes de llegar á Londres, se detuvieron las dos sillas y la escolta.

Allí les aguardaba una carroza de concha, á la que enganchaban cuatro caballos, y que acompañaban cuatro lacayos detrás, dos postillones delante y un cochero con peluca. Ruedas, estribera y todos los adornos de la carroza eran dorados. Los jaeces de los caballos eran de plata. Este carruaje de gala hubiera podido alternar magníficamente con las cincuenta y una carrozas cuyo diseño nos ha dejado Roubo.

El ujier de la vara negra se apeó, lo mismo que su oficial; éste cogió del banquillo de la silla de postas el almohadón de plata coronado, sosteniéndole con ambas manos y colocándose de pie detrás del ujier.

El ujier abrió la portezuela de la carroza vacía, y luego la de la silla de posta que ocupaba Gwynplaine, é inclinando la vista al suelo, invitó á éste á que subiese á la carroza; así lo hizo Gwynplaine. El ujier, con la vara en la mano, y el oficial, llevando el almohadón, entraron en la carroza, detrás del saltimbanqui, y ocuparon el banquillo bajo, que se destinaba para los pajes en los antiguos carruajes de etiqueta.

El forro de la carroza era de satín blanco guarnecido de encajes de Binche, con bellotas de oro; el techo era blasonado.

Los postillones de las sillas usaban las casacas doradas de la servidumbre real; el cochero, los postillones y los lacayos de la carroza vestían diferentes, pero magníficas libreas.

Gwynplaine, á través del sonambulismo en que estaba sumido, advirtió el fausto de esos servidores y preguntó al ujier de la vara negra:

—¿De quién es esa librea?

—La vuestra, milord—le contestó el ujier.

La Cámara de los Lores debía reunirse aquella noche. *Curia erat serena*, como dicen los antiguos procesos verbales. En Inglaterra, la vida parlamentaria es una vida nocturna. Sabido es que una vez sucedió á Sheridan empezar un discurso á media noche y concluirlo al salir el sol.

Las dos sillas de posta volvieron vacías á Windsor y la carroza que conducía á Gwynplaine se dirigió á Londres; ésta, á pesar de sus cuatro caballos, anduvo al paso desde Brentford á la capital de la Gran Bretaña, porque la dignidad de la peluca del cochero así lo exigía. De esta suerte el ceremonial se iba apoderando de Gwynplaine; el retardo en llegar era calculado, según todas las apariencias: más tarde veremos el motivo probable.

Era ya casi al anochecer cuando el carruaje de concha se detuvo ante la King's Gate, pesada puerta baja entre las dos torrecillas que comunicaban White-Hall con Westminster.

La cabalgata de gentiles-hombres pensionarios se agrupó en derredor de la carroza; uno de los lacayos de detrás saltó á tierra y abrió la portezuela. El ujier de la vara negra, seguido del oficial que conducía el almohadón, bajó de la carroza y dijo á Gwynplaine:

—Milord, dignaos descender. Vuestra señoría debe permanecer cubierto.

Gwynplaine llevaba todavía debajo de la capa de viaje, el traje de seda, que no había abandonado desde el día anterior, pero estaba sin espada. Dejó la capa en la carroza.

Debajo de la bóveda de las cocheras de la King's Gate había una pequeña puerta lateral levantada sobre algunos escalones.

El respeto debe preceder á los actos de importancia.

El ujier de la vara negra iba delante, llevando detrás á su oficial; Gwynplaine les seguía. Ascendieron los escalones y entraron por la puerta lateral. Momentos después se encontraron en una cámara redon-

da y ancha, que tenía en el centro un pilar, iluminada por ojivas estrechas como lancetas de ábside, y que debía ser oscura hasta en las horas de sol. La escasez de luz contribuye muchas veces á la solemnidad. Lo obscuro es majestuoso.

En dicha cámara había trece hombres en pie: tres delante, seis en segunda fila y cuatro detrás. Uno de los tres primeros usaba cota de terciopelo encarnado; los otros dos la llevaban del mismo color, pero no de terciopelo, sino de satín. Los tres ostentaban en la espalda las armas de Inglaterra, bordadas. Los seis de la segunda fila vestían dalmáticas de muaré blanco, y cada uno de ellos ostentaba en el pecho blasón diferente. Los cuatro últimos vestían de muaré negro, pero se diferenciaban unos de otros; el primero por su capa azul; el segundo por un San Jorge de escarlata que tenía bordado sobre el estómago; el tercero por las dos cruces carmesí, bordadas también, una en el pecho y otra en la espalda, y el cuarto por su alzacuello de forro negro. Llevaban peluca, iban descubiertos y sin espada.

En aquella penumbra apenas se les veía el rostro y ellos tampoco podían ver el de Gwynplaine.

El ujier de la vara negra la levantó y dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, Barón Clancharlie y Hunkerville, yo, ujier de la vara negra, primer oficial de la cámara de presencia, remito á vuestra señoría á Jarretiera, rey de armas de Inglaterra.

El individuo de la cota de terciopelo, dejando á los otros detrás, se adelantó, y saludando con profundo respeto á Gwynplaine, dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, yo soy la Jarretiera, primer rey de armas de Inglaterra; soy el oficial creado y coronado por su gracia el Duque de Norfolk, Conde-mariscal hereditario. Prometí obediencia al Rey, á los pares y á los caballeros de la orden. El día de mi coronamiento, en que el Conde-mariscal de Inglaterra me vertió un vaso de vino en la cabeza, juré solemnemente servir á la nobleza, rehuir la compañía de sujetos de mala reputación, excusar antes de vituperar á las gentes de calidad, y socorrer á las viudas y á las vírgenes. Soy el encar-

gado de disponer las ceremonias del entierro de los pares, y cuido y vigilo sus escudos de armas. Desde hoy estoy á las órdenes de vuestra señoría.

Uno de los dos hombres que llevaba cota de satín hizo una reverencia, y dijo:

—Milord, yo soy Clarence, segundo rey de armas de Inglaterra. Soy el oficial encargado de disponer el entierro de los nobles que no son pares. Me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

El otro individuo, de cota de satín, saludó y dijo á su vez:

—Milord, yo soy Norroy, tercer rey de armas de Inglaterra. Me pongo á las órdenes de vuestra señoría.

Los seis hombres de la segunda fila, inmóviles y sin saludar, adelantaron un paso. El primero, que estaba á la derecha de Gwynplaine, dijo:

—Milord, somos los seis duques de armas de Inglaterra. Yo soy York.

Después, cada uno de los heraldos ó duques de armas tomó la palabra por turno y dijo lo que representaba:

—Yo soy Lancastre.

—Yo soy Richmond.

—Yo soy Chester.

—Yo soy Somerset.

—Yo soy Windsor.

Los blasones que en el pecho ostentaban eran los de los condados y de las ciudades cuyos nombres llevaban.

Los cuatro hombres vestidos de negro, que se hallaban detrás de los heraldos, guardaban silencio.

El rey de armas Jarretiera, indicándoles con el dedo á Gwynplaine, dijo:

—Milord, he aquí los cuatro pretendientes á heraldos de armas.

—Capa azul—el individuo de la capa saludó.

—Dragón rojo—el que llevaba el San Jorge bordado, saludó.

—Cruz roja—el hombre de las cruces de escarlata, saludó.

—Porta-bastidor—el del alzacuello negro, saludó.

A una señal del rey de armas avanzó Capa-azul, el primero de los pretendientes, y tomó de manos del oficial el almohadón forrado de plata.

El rey de armas dijo al ujier de la vara negra:

—Así sea. Doy á vuestro honor recepción de su señoría.

Estas prácticas de etiqueta, y otras que después vendrán, están tomadas del antiguo ceremonial anterior á Enrique VIII, que Ana probó en su época á hacer revivir. Pero hoy ya no se observan. No obstante, la Cámara de los Lores se cree inmutable; si lo inmemorial existe en alguna, en ella existe, pero á pesar de eso cambia. *E per si muove.*

La inmovilidad únicamente existe en la apariencia; en realidad cambia. Las aristocracias se enorgullecen de lo que las mujeres creen que les humilla, de envejecer, pero mujeres y aristocracias se hacen la ilusión de que se conservan.

Probablemente, la Cámara de los Lores no se reconocerá en lo que acabamos de describir ni en lo que describiremos.

El rey de armas dirigióse á Gwynplaine, diciéndole:

—Dignaos seguirme, milord—añadiendo luego:—Os saludarán; vuestra señoría debe contestar levantando solamente el ala del sombrero.

Dirigiéronse hacia la puerta que había en el fondo de la sala redonda. El ujier de la vara negra abrió la marcha, seguía Capa-azul, llevando el almohadón; después el rey de armas y en pos de éste Gwynplaine, cubierto.

Los demás reyes de armas, heraldos y pretendientes se quedaron en la sala redonda.

Siguieron de sala en sala un itinerario imposible de saber hoy, pues ya está demolida la antigua morada del Parlamento de Inglaterra.

Pasaron, entre otras cámaras, por la gótica, donde se verificó el encuentro supremo de Jacobo II con Monmouth, y que presenció el haberse arrodillado en vano el sobrino cobarde ante el tío feroz. Había alineados, en las paredes de esta cámara, por orden de fechas, nueve retratos de cuerpo entero, de antiguos padres, que contenían sus nombres y blasones: Lord Nansladron, 1305. Lord Babil, 1306. Lord Benestede, 1314. Lord Cantilupe, 1356. Lord Montbegon, 1357. Lord Tibotot, 1372. Lord Zouch of Codnor, 1615. Lord Bella-Agua, sin fecha, y

lord Harren and Lurrey, Conde de Blois, sin fecha también.

Ya era de noche y brillaban lámparas de trecho en trecho en las galerías; arañas de cobre con cirios estaban encendidas en las salas, y no hallaban más que á las personas indispensables.

En una de las estancias que atravesó el cortejo se hallaban de pie, inclinando respetuosamente la cabeza, los cuatro abogados del Registro y el de los documentos del Estado. En otra cámara vieron al honorable Felipe Sydenham, señor de Brympton, que el rey hizo caballero en la guerra.

En otra de las cámaras hallaron al baronnet más antiguo de Inglaterra, sir Edmundo Bacon de Suffolk, heredero de sir Nicolás, llamado *primus baronetorum Angiæ*. Detrás de sir Edmundo, uno de sus arcabuceros conducía su arcabuz, y uno de sus escuderos el escudo de armas de Ulster, porque esos baronnet eran los defensores natos del condado de Ulster en Irlanda.

En otra estancia estaba el canciller de la jurisdicción de la Hacienda, acompañado de los cuatro oficiales que dirigían la contabilidad y de los dos diputados del lord-chambelan, encargados de hacer pagar los tributos á los pecheros. Además el jefe de la moneda, mostrando en la mano abierta una libra esterlina.

Estos ocho personajes hicieron su reverencia al nuevo lord.

A la entrada del corredor que hacía comunicar la Cámara baja con la Cámara alta, fué saludado Gwynplaine por sir Thomas Mansell de Margam, registrador del palacio real y miembro del Parlamento, y á la salida de dicho corredor recibió también el saludo de una comisión de Barones de las Cinco-Puertas, alineados á su derecha y á su izquierda.

El rey de armas, al ver que Gwynplaine iba á contestarles al saludo, le recordó en voz queda el ceremonial.

—Con el ala del sombrero, milord.

El saltimbanquí hizo lo que el rey de armas le indicó.

Llegó á la cámara pintada, en la que de pintura únicamente había algunos santos, entre otros San Eduardo, debajo

de las curvas de las grandes ventanas ojivas, divididas en dos por el piso, de las que Westminster-Hall tenía la parte baja y la cámara pintada la alta.

A la parte de acá de la barrera de madera, que atravesaba de parte á parte la cámara pintada, se hallaban derechos los tres secretarios de Estado, que eran personajes muy importantes. Las atribuciones del primero de ellos se extendía al Sur de Inglaterra, á Irlanda y á las colonias, á Francia, á Suiza, á Italia, á España, á Portugal y á Turquía. El segundo dirigía el Norte de Inglaterra, y vigilaba los Países Bajos, Alemania, Dinamarca, Suecia, Polonia y Moscovia. El tercero, que era escocés, la Escocia. Los dos primeros eran ingleses; uno era el honorable Roberto Harley, miembro del Parlamento. Saludaron en silencio á Gwynplaine.

La guarda-barrera levantó el brazo de madera sobre su charnela, que daba paso, por la parte de detrás de la cámara pintada, á la estancia que contenía la larga mesa con tapete verde, reservada para los lores. Sobre esta mesa brillaba un candelabro de varias luces. Gwynplaine, precedido del ujier de la vara negra, de Capa-azul y de Jarretiera, entró en este departamento privilegiado.

Se veían en el fondo, de pie, debajo del escudo real, que estaba colocado entre dos ventanas, dos ancianos vestidos con togas de terciopelo rojo, llevando en los hombros dos listones de armiño galoneados de oro y encima de las pelucas sombreros con plumas blancas. Por los intersticios de la toga veíanse sus trajes de seda y el puño de sus espadas. Detrás de ellos, un hombre, inmóvil, vestido de muaré negro, llevaba al hombro una maza de oro que terminaba en un león coronado. Era el macero de los pares de Inglaterra. El león es su insignia.

El rey de armas indicó á Gwynplaine los dos personajes vestidos de terciopelo rojo, y le dijo al oído:

—Milord, esos son vuestros iguales. Les saludaréis como os saluden. Esas dos señorías aquí presentes son dos Barones, y son los padrinos que os ha designado el lord-canciller. Son muy ancianos y casi ciegos, son los encargados de introducirnos en la Cámara de los Lo-

res. El primero es Carlos Mildmay, lord Fitzwalter, sexto señor del Banco de los Barones, y el segundo es Augusto Arundel, lord Arundel de Trelice, trigésimo-octavo señor del Banco de los Barones.

El rey de armas, avanzando un paso hacia los dos ancianos, levantó la voz y dijo:

—Fernando Clancharlie, Barón Clancharlie, Barón Hunkerville, Marqués de Corleone en Sicilia, saluda á sus señorías.

Los dos lores saludaron quitándose el sombrero y volviéndoselo á poner. Gwynplaine les saludó de igual modo.

El ujier de la vara negra avanzó, después Capa-azul y detrás Jarretiera. El macero se puso delante de Gwynplaine, los dos lores á sus lados, lord Fitzwalter á su derecha y lord Arundel á su izquierda.

Dicho cortejo, con el orden enumerado, salió de la cámara y penetró en una galería llena de pilastras, en la que alternaban en hacer centinela, de pilastra á pilastra, artesanos de Inglaterra y alabarderos de Escocia.

Los alabarderos escoceses constituían el magnífico cuerpo que llevaba las piernas desnudas, y que fué digno de hacer frente más tarde en Fontenoy á la caballería francesa y á los coraceros del Rey, de los que su coronel decía: *Señores, aseguraos bien los sombreros, que vamos á tener el honor de entrar á la carga.*

El capitán de los artesanos y el de los alabarderos saludaron con la espada á Gwynplaine y á sus padrinos. Los soldados también les saludaron, unos con las partesanas y otros con las alabardas.

En el fondo de la galería resplandecía una puerta enorme, tan magnífica que las dos hojas semejaban dos láminas de oro. Dos hombres estaban inmóviles á ambos lados de la puerta.

Un poco antes de llegar á ésta, la galería se ensanchaba y presentaba un punto redondo acristalado: en dicho punto se hallaba sentado, en un sillón de respaldo desmesurado, un personaje augusto por su ancha toga y por su gran peluca; era William Cowper, lord-canciller de Inglaterra.

Es poseer una buena cualidad tener en mayor grado igual defecto que el Rey.

William Cowper era miope. Ana también, pero menos que William; esta falta de vista complació á la miopía de su majestad, y por eso quizá le escogió para canceller y guarda de la conciencia real.

El lord-canciller, sentado gravemente en su alto sillón, tenía á su derecha una mesa, á la que se sentaba el abogado de la corona, y otra mesa á la izquierda, á la que se sentaba el abogado del Parlamento.

Detrás del sillón del lord-canciller se hallaba de pie su macero, sosteniendo en el hombro la maza coronada, y detrás de éste el porta-cola y el porta-bolsa, con pelucones. Dichos cargos existen aún. Encima de una credencia (1), cerca del sillón, descansaba una espada con puño de oro, con vaina y cinturón de terciopelo de color de fuego.

Detrás del abogado de la Corona estaba derecho otro oficial, sosteniendo, desplegada, una toga, que era la del coronamiento. Detrás del abogado del Parlamento, otro oficial desplegaba otra toga también, la del Parlamento; estas dos togas eran de terciopelo carmesí, forradas de tafetán blanco, con tiras de armiño galoneadas de oro en los hombros.

Un tercer oficial, *le librarian* (2), ostentaba sobre una almohadilla de cuero de Flandes, el *reed-book*, que era un libro pequeño encuadernado de piel roja, y que contenía la lista de los pares y de los comunes, muchas páginas en blanco y un lápiz, que se acostumbraba entregar á cada nuevo miembro que entraba en el Parlamento.

La marcha procesional, que cerraba Gwynplaine entre los dos pares, sus padrinos, se detuvo ante el sillón del lord-canciller; los dos pares se quitaron los sombreros y Gwynplaine les imitó.

El rey de armas recibió de manos de Capa-azul el almohadón forrado de plata, arrodillóse y presentó la cartera negra encima del almohadón al lord-canciller; éste la tomó y se la dió al abogado del Parlamento, que acudió á recibirla ceremoniosamente, y después volvió á sentarse. Dicho abogado abrió la cartera y se puso en pie. La cartera contenía los

(1) Aparador.
(2) Bibliotecario.

dos mensajes de costumbre: la patente real dirigida á la Cámara de los Lores y el requerimiento á sentarse hecho al nuevo par.

El abogado leyó en alta voz los dos mensajes, con lentitud respetuosa. El requerimiento á sentarse intimado á lord Fernando Clancharlie concluía por esta forma de costumbre:

«Os mandamos terminantemente, bajo la fe del juramento de obediencia que debéis prestarnos, que vayáis á ocupar personalmente vuestro puesto entre los prelados y los pares, sentándoos en el Parlamento de Westminster, para que aconsejéis, según vuestro honor y vuestra conciencia os dicten, en los asuntos del reino y de la Iglesia.»

Cuando concluyó la lectura de los dos mensajes, el lord-canciller dijo:

—Así dice el acta dictada por la Corona. Lord Fernando Clancharlie, ¿renuncia vuestra señoría á la transubstanciación, á la adoración de los santos y á la misa?

Gwynplaine se inclinó, como asintiendo. —El acta está, pues, publicada.

El abogado del Parlamento repuso:

—Su señoría ha prestado el testamento religioso.

El lord-canciller añadió:

—Milord Fernando Clancharlie, podéis sentaros.

El rey de armas tomó la espada de puño de oro y ciñó su cinturón al talle de Gwynplaine. Al mismo tiempo oyó éste que por detrás le decían:

—Voy á revestir á vuestra señoría con el traje del Parlamento.

El oficial que así le hablaba le colocó la toga y le puso al cuello la cinta negra de un roquete de armiño, quedando Gwynplaine vestido como los dos lores que estaban á su derecha y á su izquierda.

El *librarian* le presentó el *red-book* y se lo introdujo en el bolsillo de la vesta.

El rey de armas le murmuró al oído:

—Milord, al entrar, saludad á la silla real.

La silla real es el trono.

Mientras, los dos abogados escribían, cada uno en su mesa: uno en el registro de la Corona, el otro en el registro del

Parlamento; luego presentaron sus libros al lord-canciller y éste los firmó.

Después de firmar levantóse el lord-canciller y dijo:

—Lord Fernando Clancharlie, Barón Clancharlie, Barón Hunkerville, Marqués de Corleone en Sicilia: sed bien venido entre los pares y los lores espirituales y temporales de la Gran Bretaña.

Los dos padrinos de Gwynplaine le tocaron en los hombros; él se volvió y la enorme puerta dorada del fondo de la galería se abrió de par en par. Era aquella puerta la de la Cámara de los Pares de Inglaterra.

No habían pasado aún treinta y seis horas desde que Gwynplaine, acompañado de otro séquito, vió abrirse ante él la puerta de hierro de la cárcel de Southwark. Tal fué la rapidez de las nubes acumuladas sobre su cabeza, ó sea de los sucesos que vertiginosamente se desarrollaban en su vida.

II

IMPARCIALIDAD

La creación de una igualdad real, denominada pairía, fué en las épocas bárbaras una ficción útil. En Francia y en Inglaterra, este expediente político rudimentario produjo resultados distintos. En Francia era el par un rey falso y en Inglaterra fué un Príncipe verdadero no tan grande como en Francia, pero más real.

La pairía nació en Francia, en época incierta; en la de Carlomagno, según la leyenda; en la de Roberto el Sabio, según la historia; pero la historia está tan insegura de lo que dice, como la leyenda. Fabin escribió: «El Rey de Francia deseó atraerse á los grandes de sus Estados dándoles el título magnífico de pares é igualándolos á él.»

La pairía se bifurcó con rapidez, y de Francia pasó á Inglaterra. La pairía inglesa fué un gran hecho y casi una gran institución. Tomó los precedentes del *wittenagemot* sajón. El *thane* dinamarqués y el *vavasseur* normando fundieron en el Barón. Barón es la palabra latina *vir*, cuya traducción española es *barón*, y que quiere decir hombre por ex-

celencia. Desde 1075, los Barones se hacen temibles al Rey, y á un Rey como

Guillermo el Conquistador. En 1086 ponen una base al feudalismo; esta base es el *Doomsday-book*, «Libro del juicio final». En la época de Juan Sin Tierra acontece un conflicto; la señoría francesa ataca por todo lo alto á la Gran Bretaña, y la pairía de Francia ordena com-

parecer á la barra al Rey de Inglaterra, lo que excita la indignación de los Barones ingleses. En la consagración de Felipe-Agusto, el Rey de Inglaterra llevaba, como duque de Normandía, la primera bandera cuadrada, y el Duque de

Guyena la segunda, y estalla la guerra de los señores contra ese Rey, vasallo del extranjero, y los Barones imponen al miserable rey Juan, la Gran Carta, de la cual nace la Cámara de los Lores. El Papa toma parte, abrazando la causa del Rey, y excomulga á los lores: en 1215, el Pontífice Inocencio III escribía el *Veni Sancte Spiritus*, y mandaba á Juan Sin

Tierra las cuatro Virtudes cardinales, bajo la forma de cuatro anillos de oro. Los lores persistieron, y este largo duelo duró bastantes generaciones. Pembroke con-

tinuaba la lucha. El año 1248 fué el año de las «Provisiones de Oxford». Veinticuatro Barones limitan el poder del Rey, le discuten y le invitan á tomar parte en la querrela, nombrando ellos un caballero por cada condado, y esto fué el alba de la Cámara de los Comunes. Después, los lores se asociaron dos ciudadanos por cada ciudad y dos aldeanos por

cada aldea; y por eso, hasta el reinado de Elisabet, fueron los pares los jueces de la validez de las elecciones de los Comunes. En 1293 era aún justificable ante el tribunal de los pares de Francia el Rey de Inglaterra, y Felipe el Hermoso citó á Eduardo I. Eduardo I fué aquel Rey que ordenó á su hijo que, después de

muerto, hiciera hervir su cadáver y llevase sus huesos á la guerra.

En vista de las locuras reales, los lores comprenden la necesidad de fortificar el Parlamento, y lo dividen en dos Cámaras, la Alta y la Baja. Los lores conservan arrogantemente la supremacía. «Si alguno de los comunes fuese tan osado que vituperase á la Cámara de los lores, debe citársele á la barra para que

»obtena su corrección, y en algunos casos debe encerrarse en la Torre de »Londres.» (1). Distingúense las dos Cámaras hasta en el modo de votar: en la Cámara de los Lores votan uno á uno, comenzando por el último Barón, al que llaman «el nacido después». Al llamar á cada pár, contesta *content ó non content*. En la Cámara de los Comunes votan juntos y mezclados, diciendo *si ó no*. Los comunes acusan; los pares juzgan. Los pares, que desdennan las cuentas, delegan á los comunes la vigilancia de la Hacienda pública. Desde fines del siglo XIII data el registro anual, llamado *Year-book*. En la guerra de las dos Rosas se siente el peso de los lores, ya cuando se inclinan á John de Gaunt, Duque de Lancastre, ya cuando se inclinan á Edmundo, Duque de York. Wat-Tyler, los Lollards, Warwick, que imponían reyes, y aquella inmensa anarquía, de la que han de nacer las franquicias, tenían por punto de apoyo, público ó secreto, el feudalismo inglés. Los lores celaban útilmente al trono; estar celosos es vigilar; circunscribían la iniciativa real, restringían los casos de alta traición, y suscitaban falsos Ricardos contra Enrique IV.

Ya en el siglo XIII alcanzaron la victoria de Lewes y arrojaron del reino á los cuatro hermanos del Rey, bastardo de Isabel y del Conde de la Marche, que eran usureros y explotaban á los cristianos por medio de los judíos, que eran al mismo tiempo Príncipes y estafadores. Hasta el siglo XV, el Rey de Inglaterra es un Duque normando, y las actas del Parlamento se escriben en francés. Desde Enrique VII, y por la voluntad de los lores, se escriben en inglés. Inglaterra, que era bretona en la época de Uther Pendragon, romana en la de César, sajona en el tiempo de la heptarquía, dinamarquesa en el de Haroldo y normanda en el de Guillermo, se convierte en inglesa por los esfuerzos de los lores. Después se hace anglicana. Da mucha fuerza tener la religión dentro de casa. En 1534 Londres despide á Roma; la pairía adopta la reforma, y los lores acep-

(1) Chamberlayne, *Estado presente de Inglaterra*, Tomo II, segunda parte.—1688.

tan á Lutero, respondiendo de este modo á la excomunión que les lanzaron en 1215. Esto le convenía á Enrique VIII, pero en otras muchas cosas los lores le molestaban. Perro transformado en oso es la Cámara de los Lores ante Enrique VIII. Cuando Wolsey roba White-Hall á la nación, y cuando á su vez Enrique VIII se la roba á Wolsey, ¿quién gruñe? cuatro lores: Darcie de Chichester, Saint-John de Bleto, Montjoye y Mounteagle. El Rey usurpa, la pairía también. El derecho de sucesión comprende la incorruptibilidad; de aquí nace la insubordinación de los lores. En tiempo de Elisabet los Barones turban el Estado, y á causa de esto se verifican los suplicios de Durham. Las faldas tiránicas de esa Reina se tiñen de sangre.

Un guardainfante, que escondía un tajo, fué ese reinado. Elisabet reúne el Parlamento las menos veces que puede y reduce la Cámara de los Lores á sesenta y cinco miembros, entre los que únicamente habla un Marqués y ningún Duque. En Francia también estaban los Reyes celosos de ellos y verificaban la misma eliminación. En tiempo de Enrique III sólo había ocho Duques-pares, y con disgusto del Rey eran Barones-pares de Francia el Barón de Mantes, el de Coney, el de Coulommiers y algunos otros. En Inglaterra la Corona dejaba con gran satisfacción de su parte que se amortizasen las pairías; en la época de Ana, por citar sólo este ejemplo, las extinciones desde el siglo XII, concluyeron por hacer un total de quinientas sesenta y cinco pairías abolidas. La guerra de las Rosas comenzó la extirpación de los Duques, que María Tudor terminó á hachazos, lo que era decapitar á la nobleza. Buena política era esa indudablemente, pero corromper vale más que cortar; eso es lo que pensaba Jacobo I. Restauró el título de Duque y se lo otorgó á su favorito Villiers, transformándole de Duque feudal en Duque cortesano, y este ejemplo pululará. Carlos II nombrará Duquesas á sus dos amantes, Bárbara de Southamton y Luisa de Quéronel. En el tiempo de Ana habrá veinticinco Duques, tres de ellos extranjeros. ¿Estos procedimientos cortesanos conseguirán lo que se proponen?

No, porque los lores ven que la intriga se introduce en su Cámara y se irritan, irritanse contra Jacobo I y contra Carlos I, y hay una ruptura entre éste y la Alta Cámara. Los lores que en tiempo de Jacobo I llevaron á la barra la acusación en la persona de Bacon, forman, en la época de Carlos I, el proceso á la traición en la persona de Stafford. Condenaron á Bacon y condenan á Stafford; aquél perdió el honor y éste la vida. Carlos I es decapitado. Los lores apoyan á los comunes. El Rey convoca el Parlamento en Oxford y la revolución le convoca en Londres; cuarenta y tres pares votan por el Rey y veintidós por la República. De aceptar los lores al pueblo, sale el *bill de los derechos*, bosquejo de los *derechos del hombre*, vaga sombra reflejada en el fondo del porvenir por la revolución de Francia sobre la revolución de Inglaterra.

Tales son los servicios prestados por la pairía, involuntarios, pero de consideración, si bien muy caros, porque la pairía es un parásito enorme. El trabajo despótico de Luis XI, de Richelieu y de Luis XIV para construir un sultán, tomando el aplastamiento por igualdad, dando de palos con el cetro para igualar las muchedumbres por medio del rebajamiento, ese trabajo turco realizado en Francia, los lores lo han impedido en Inglaterra, haciendo de la aristocracia una muralla, que servía, por una parte, de dique al Rey, y por la otra de refugio al pueblo, compensando su arrogancia respecto á éste con su insolencia respecto á la Corona. Simón, Conde de Léicester, decía á Enrique III: *Rey, me has mentido*.

Los lores imponían servidumbres al Monarca y le disputaban el derecho á la caza, de tal manera, que, cualquier lord que pasase por un parque real, tenía derecho de matar en él un gamo. En el palacio real, el lord se hallaba en su casa. Había un Luis XIV dentro de Carlos I, pero gracias á Cromwell, únicamente quedó en él latente. Por otra parte, digámoslo de paso, ningún historiador se ha ocupado de que Cromwell tenía pretensiones á la pairía, y estas pretensiones impulsáronle á casarse con Isabel Bouchier, descendiente y heredera de

un Cromwell, de lord Bouchier, cuya pairía se extinguió en 1471, y de un Bouchier, lord Robesart, que poseyó otra pairía, extinguida también en 1429. Pero por los terribles acontecimientos, creyó más breve dominar suprimiendo al Rey que mediante una pairía reclamada. El ceremonial de los lores, á veces siniestro, alcanzaba hasta el Rey. Los dos porta-espadas de la torre, de pie, con el hacha al hombro, á la derecha é izquierda de un par acusado, y compareciendo á la barra, acompañaban también al Rey, como á los otros lores.

La aristocracia inglesa era inquieta, activa y patrióticamente desconfiada; al terminar el siglo XVII, en el acta décima del año 1694, quitó á la aldea de Stockbridge el derecho de enviar diputados al Parlamento, y obligó á los comunes á anular la elección de dicha aldea, tachada de fraude papista. Impuso el juramento á Jacobo, Duque de York, y porque no quiso jurar le excluyó del trono. Reinó, no obstante, pero los lores acabaron por apoderarse de él y por lanzarle del reino. La aristocracia inglesa tuvo, durante su larga duración, algunos instintos de progreso.

En tiempo de Jacobo II sostenía en la Cámara Baja la proposición de trescientos cuarenta y seis plebeyos contra noventa y dos caballeros; los diez y seis Barones de cortesía de las Cinco-Puertas estaban más que contrabalanceados por los cincuenta ciudadanos de las veinticinco ciudades. No obstante ser egoísta y estar corrompida dicha aristocracia, tenía, en algunos casos, singular imparcialidad.

La historia únicamente trata bien á los comunes, y esto es cuestionable; nosotros opinamos que los lores han desempeñado un brillante papel. La oligarquía es la independencia en estado bárbaro, pero al fin es independencia. Ved la Polonia: es monarquía nominal y república real. Los pares de Inglaterra tenían al trono en tutela constante, y en muchas ocasiones, mejor que los comunes, le disgustaban: daban jaque al Rey. Así, en 1694, año notable, en que quisieron suprimir los comunes los Parlamentos trienales, por agrandar á Guillermo III, que así lo deseaba, fueron votados por los

pareos, y dicho monarca, irritado, le quitó el castillo de Pendennis al Conde de Bath, y todos sus cargos al Vizconde Mordant. La Cámara de los Lores era la república de Venecia en medio de la monarquía de Inglaterra, y propiciábase reducir al Rey al papel de Dux, haciendo engrandecer á la nación tanto como empujaba al Rey.

Los monarcas lo comprendían y aborrecían la pairía; una y otra parte trataba de disminuir el poder de la contraria, y estas disminuciones aprovechaban al pueblo, que iba ganando terreno. Los dos poderes ciegos, la monarquía y la oligarquía, no advertían que trabajaban con un tercer poder, por el de la democracia. Causó mucha alegría en la corte, en el último siglo, poder ahorcar á un par, á lord Ferrers; pero por deferencia se le ahorcó con una cuerda de seda. El Duque de Richelieu dijo altivamente que no hubieran ahorcado á un par de Francia. Estamos de acuerdo; le hubieran decapitado, tratándole todavía con mayor deferencia. Montmorency-Tancarville se firmaba: *Par de Francia y de Inglaterra*, relegando la pairía inglesa al segundo lugar. Los pares de Francia eran más altivos y menos poderosos; preferían el rango á la autoridad y el honor á la dominación; entre ellos y los lores existía la diferencia que hay entre la vanidad del orgullo.

La Cámara de los lores de Inglaterra ha servido de punto de partida, y esto es de mucha importancia para la civilización; tuvo la honra de crear una nación y de ser la encarnación de la unidad de un pueblo. La resistencia inglesa, que es una fuerza todopoderosa, nació en la Cámara de los Lores. Los Barones, mediante una serie de vias de hecho contra el monarca, han insinuado su destronamiento definitivo. La Cámara de los Lores está actualmente algo asombrada de lo que hizo, sin saberlo, y sin querer, y tanto más, cuanto lo ya hecho es irreparable. ¿Qué son las concesiones más que restituciones? Las naciones no lo ignoran. Yo otorgo, dice el Rey. Yo recupero, exclama el pueblo. La Cámara de los Lores, creyendo crear el privilegio de los pares, ha producido el derecho de los ciudadanos. El buitre de la aristocracia ha cobijado el huevo de águila de la li-

bertad. Hoy el huevo está roto ya, el águila se cierne y el buitre muere.

La aristocracia agoniza y la Inglaterra se engrandece. Pero seamos imparciales con la aristocracia, que estableció el equilibrio de la monarquía, á la que sirvió de contrapeso. Fué el obstáculo del despotismo, fué su barrera.

Démosle las gracias y enterrémosla.

III

LA SALA ANTIGUA

Cerca de la abadía de Westminster había un antiguo palacio normando, que se incendió en tiempo de Enrique VIII, quedando útiles solamente dos alas de él. Eduardo VI instaló en una la Cámara de los Lores y en la otra la de los Comunes: ni las alas ni las Cámaras existen actualmente, y el edificio está enteramente reedificado.

Hemos dicho, y repetimos ahora, que en nada se parece la Cámara de los Lores de los tiempos actuales á la de los tiempos antiguos: al demoler el viejo palacio, se han demolido asimismo los viejos hábitos; los golpes de azadón, dados en los monumentos, producen el contragolpe en las castas y en las costumbres; la piedra antiquísima no cae sin arrastrar alguna antiquísima ley. Instalado en una sala redonda el Senado de una sala cuadrada, y éste será diferente.

Si deseáis conservar alguna cosa vieja, humana ó divina, sea código ó dogma, patriado ó sacerdocio, no la rehagáis ni aun por el exterior; todo lo más echadla algún remiendo. El jesuitismo, verbigracia, es un remiendo del catolicismo; tratad, pues, á los edificios como tratáis á las instituciones. Las sombras deben habitar en las ruinas. Los poderes decrepitos se hallan mal en sitios decorados á la moderna.

Querer diseñar la antigua Cámara de los Lores es intentar describir lo desconocido. La historia es una noche, y en ella no hay segundos planos; la obscuridad y lo invisible se apoderan en seguida de todo lo que está en el proscenio del teatro; cuando se quita la decoración, todo se borra. Ayer es sinónimo de ignorado.

Los pares de Inglaterra se sentaban cuan-

do formaban tribunal de justicia en la sala mayor de Westminster, y cuando formaban Alta Cámara legislativa en una sala especial, que se llamaba «Casa de los Lores,» *House of the Lords*.

Además del Tribunal de los Pares de Inglaterra, que únicamente se reúnen cuando les convoca la Corona, se sentaban también en la sala mayor de Westminster los dos grandes Tribunales ingleses, inferiores al de los Pares, pero superiores á todas las demás jurisdicciones. El primero de éstos era el del Banco del Rey, que presidía éste, y el segundo, el Tribunal de la Cancillería, con presidencia del lord-canciller; uno era Tribunal de Justicia y otro de Misericordia. Los dos Tribunales existen todavía, interpretando la legislación y corrigiéndola, y allí se crea y se aplica. La bóveda de esta sala era de madera de castaño, en la que las arañas no pueden tejer sus telas; bastante es que puedan fabricarlas en las leyes.

Ser Cámara y ser Tribunal son dos cosas distintas, y esta dualidad constituye el poder supremo. El Parlamento Largo, que comenzó el 3 de noviembre de 1640, sintió la necesidad revolucionaria de esta dualidad, por lo que se declaró á sí mismo Cámara de Pares, poder judicial y á la vez poder legislativo. Ese doble poder era inmemorial en la Cámara de los Lores.

Como acabamos de decir, cuando los lores eran jueces ocupaban Westminster-Hall y cuando eran legisladores otra Cámara. Esta otra sala, propiamente llamada Cámara de los Lores, era oblonga y estrecha, encima del dosel tenía un ojo de toro de seis vidrios, con cortinas; cuatro ventanas, profundamente entalladas en lo más alto de ella, y que recibían la luz por el techo, la alumbraban durante el día; y por la noche se iluminaba con doce semi-candelabros de brazos, que salían de la pared; tenía poca luz, pero la sala del Senado de Venecia estaba más oscura todavía. La semiobscuridad agrada á los buhos todopoderosos. Se redondeaba en el lecho de dicha sala, por medio de planos poliédricos, elevada bóveda con cajones dorados. Los comunes únicamente podían estar bajo techo llano, porque todo tenía su significación en las construcciones monárquicas. A uno de los extremos de la extensa Sala de los Lores se hallaba la puerta; al otro, y enfrente, el trono. A algunos pasos

de la puerta veíase la barra, cortadura transversal, especie de frontera que marca el sitio en que acaba el pueblo y empieza la señoría. A la derecha del trono, una chimenea, blasonada en su pináculo, ostentaba dos bajos relieves de mármol representando uno de ellos la victoria de Cuthwolph sobre los bretones en 572, y el otro el plano geométrico de la aldea de Dunstable, que sólo tiene cuatro calles, paralelas á las cuatro partes del mundo. El trono se asentaba sobre tres escalones y se llamaba «silla real». En las dos paredes, una enfrente de la otra, desplegábase en cuadros sucesivos vasta tapicería, regalada á los lores por la Reina Elisabet, que representaba la aventura de la armada española, desde su salida de España hasta su naufragio delante de Inglaterra. A esta tapicería, que de trecho en trecho separaban los candelabros que salían de la pared, estaban arrimados, á la derecha del trono, tres filas de bancos, para los Duques, los Marqueses y los Condes, sobre una tarima, separados por montadores. En los tres bancos de la primera sección, se sentaban los Duques, en los tres de la segunda los Marqueses y en los tres de la tercera, los Condes. El banco de los Vizcondes, de forma de escuadra, se hallaba frente al trono, y detrás, entre los Vizcondes y la barra, había dos bancos para los Barones. En el banco más alto, y á la derecha del trono, sentábanse los arzobispos de Canterbury y de York; en el banco intermediario los obispos de Londres, de Durham y de Winchester, y los demás obispos en el tercer banco. A la derecha del trono había una silla destinada para el Príncipe de Gales y á la izquierda sillas plegadas para los Duques reales; detrás de éstas una tarima para los pares menores de edad, que no podían sentarse todavía en la Cámara. Flores de lis por todas partes; el vasto escudo de Inglaterra fijo en las cuatro paredes, sobre los pares y encima del Rey. Los hijos de pares y los herederos de la pairía podían asistir á las deliberaciones y situarse de pie detrás del trono, entre el dosel y la pared. El trono, colocado en el fondo, y las tres líneas de bancos de los pares, situadas á los tres lados de la sala, dejaban libre ancho espacio cuadrado. En dicho cuadrado, cubierto por tapices del Estado, blasonados con las armas de Inglaterra, había cuatro sacos de lana: uno

delante del trono, en el cual se sentaba el canciller; otro ante los obispos, en el que se sentaban los jueces consejeros de Estado; otro delante de los Duques, Marqueses y Condes, en el que se sentaban los secretarios de Estado, y otro delante de los Vizcondes y Barones, en el que se sentaban el abogado de la Corona y el abogado del Parlamento, y donde escribían arrodillados los oficiales de éstos. En el centro del cuadrado estaba situada una ancha mesa con tapete, cargada de cuadernos y de registros, de macizos tinteros de plata y de candelabros de cuatro brazos. Los pares se sentaban por orden cronológico, cada uno según la fecha de la creación de su pairía; tenían el rango según el título y la primacía en el título según la antigüedad. Junto á la barra permanecía derecho el ujier de la vara negra con la varilla en la mano. A la parte de acá de la puerta, veíase al oficial del ujier, y á la parte de fuera al pregonero de la verga negra, cuya comisión consistía en abrir las sesiones de justicia, exclamando: ¡Oid! en francés, por tres veces y apoyando solemnemente la pronunciación en la primera sílaba. Próximo al pregonero estaba el porta-maza del canciller.

En las ceremonias reales, los pares temporales usaban la corona y los pares espirituales la mitra. Los arzobispos llevaban mitra con corona ducal, y los obispos, que forman después de los Vizcondes, mitra con burlete de Barón.

La Asamblea del Parlamento no era obligatorio reunirla más que cada siete años. Los lores deliberaban secretamente y á puerta cerrada. Las sesiones de los comunes eran públicas. La popularidad les parecía disminución de derechos. El número de los lores era ilimitado. Nombrar nuevos lores era la amenaza de la monarquía y su medio de gobierno. Al principio del siglo diez y ocho, la Cámara de los Lores era numerosísima, y después todavía ha aumentado. Desleír á la democracia es un medio político. Elisabet tal vez cometió una falta condensando la pairía en sesenta y cinco lores. Cuanto menos numerosa es la señoría, es mucho más intensa; cuantos más miembros hay en una asamblea, hay menos cabezas. Esto lo conocía in-

dudablemente Jacobo II cuando elevó la Cámara Alta á la suma de ciento ochenta y ocho lores, ó sean ciento ochenta y seis, si se desfalca de esas pairías las dos Duquesas de la alcoba real, la Portsmouth y la Cleveland. En tiempo de la Reina Ana era el total de los lores, comprendiendo entre ellos á los obispos, de doscientos siete.

Sin contar al Duque de Cumberland, marido de la Reina, había en la Cámara veinticinco Duques, de los que el primero, el Duque de Norfolk, no se sentaba, porque era católico, y el último, el de Cambridge, Príncipe electoral de Hannover, se sentaba, no obstante ser extranjero. No contando á Winchester, que era el primero y único Marqués de Inglaterra, y Astorga, que era el único Marqués de España, que se hallaba ausente por ser jacobista, había cinco Marqueses, setenta y nueve Condes, nueve Vizcondes y sesenta y dos Barones. En 1705 los veintiséis obispos que había en la Cámara Alta quedaron en veinticinco, por hallarse vacante la silla de Chester.

IV

LA CÁMARA ANTIGUA

La ceremonia de la investidura de Gwynplaine, desde su entrada por la King's Gate hasta la toma de su juramento en el punto-redondo acristalado, se efectuó en una semiobscuridad.

Lord William Cowper no permitió que á él, canciller de Inglaterra, le diesen pormenores circunstanciados de la desfiguración del joven lord Fernando Clancharlie: opinaba que era indigno de su dignidad saber que un par era feo, sintiéndose rebajado en recibir datos de esa naturaleza en un inferior suyo. El pueblo confiesa con alegría que un Príncipe es jorobado; luego ser deforme es ofensivo para un lord. A las insinuaciones que la Reina comenzaba á hacerle, el canciller se limitó á responder: *El señor tiene por semblante la señoría*; sumariamente, y por el proceso verbal que verificó y certificó el canciller, estaba enterado de la verdad, y por eso tomó todas estas precauciones. El rostro del nuevo lord podía, al entrar en la Cámara, producir desagra-

dable sensación, é importaba impedirlo; por eso lord Cowper había tomado sus medidas. Llamar la atención lo menos posible, es la idea fija y la regla de conducta de los personajes serios; el odio á los incidentes constituye parte de su gravedad. Importaba, pues, obrar de manera que la admisión de Gwynplaine pasase sin obstáculos, como la de cualquier otro heredero de la pairía. Por eso el lord-canciller fijó la recepción de lord Clancharlie para una sesión nocturna. El canciller puede officiar fuera de la Cámara y en su umbral, y por eso usó de su derecho verificando en el punto-redondo acristalado las formalidades de la investidura del nuevo lord: además, adelantó la hora para que el par que entraba por primera vez en la Cámara penetrase en ella antes de comenzar la sesión. En cuanto á la investidura de un par en el umbral y fuera de la Cámara, había ya otros precedentes análogos. El primer Barón hereditario, creado por patente, John de Beauchamp de Holtcastle, que nombró Ricardo II en 1387, Barón de Kidderminster, fué admitido de ese modo. Renovando, pues, ese precedente, el lord-canciller, se proporcionó á sí mismo un embarazo, cuyo inconveniente conoció cerca de dos años después.

Como William Cowper era miope, apenas advirtió la deformidad de Gwynplaine, y lo mismo les sucedió á los lores sus padrinos, que eran dos ancianos casi ciegos, escogidos exprofeso por el canciller.

Más todavía: éste, que vió la buena estatura y gentil presencia de Gwynplaine, creyó que tenía buen semblante.

En el momento en que los door-keepers abrieron de par en par la gran puerta ante el saltimbanqui, había pocos lores en la sala y casi todos eran viejos. Los viejos son los más exactos en acudir á las Asambleas, como son más asiduos en visitar á las mujeres. En el banco de los Duques únicamente había dos; en el banco de los lores espirituales estaban sentados nada más que el arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, en el banco más alto, y el doctor Simón Patrick, obispo de Ely, en el más bajo, hablando con Pierrepont, Marqués de

Dorchester. Thomas Thynne, Vizconde Weymouth, se hallaba en pie y cerca de un candelabro examinando el plano de su arquitecto para la transformación de un jardín de uno de sus palacios. En el banco de los Vizcondes había reunidos algunos de este título siguiendo una conversación interesante. En el banco de los Marqueses estaban Thomas de Grey, Marqués de Kent, lord-chambelán de la Reina, y Roberto Bertie, Marqués de Lindsey. El Conde de Wymes leía un libro intitulado: *Práctica curiosa de los oráculos de las sibilas*. John Campbell, Conde de Greenwich, famoso por su larga barba, su buen humor y sus ochenta y siete años, escribía á su amante. La sesión que iba á celebrarse debía ser una sesión real, en la que la Corona estaría representada por comisarios, y dos door-keepers ponían delante del trono un banco de terciopelo de color de fuego; en el segundo saco de lana estaba sentado el *maestro de los papeles, sacrorum scri-niorum magister*, que entonces vivía en la antigua Casa de los Judíos convertidos. Junto al cuarto saco, los dos abogados suplentes, arrodillados, hojeaban los registros.

Mientras el lord-canciller se sentaba en el primer saco de lana y los oficiales de la Cámara se instalaban, unos sentados y otros de pie, el arzobispo de Canterbury se levantó y rezó la plegaria, y la sesión empezó. Hacía ya algunos minutos que entró Gwynplaine y nadie se había fijado todavía en él; el segundo banco de los Barones, que le correspondía, estaba contiguo á la barra, por lo cual, sólo tuvo que andar algunos pasos. Sus padrinos, los dos lores, se sentaron á su derecha y á su izquierda, y éstos casi ocultaron al recién llegado á la Cámara. Nadie estaba avisado; el abogado del Parlamento había leído á media voz, y, por decirlo así, cuchicheando, las varias piezas concernientes al nuevo par, y el lord-canciller proclamó su admisión.

Agréguese á esto que el espía Barkilphedro, resuelto á que saliese triunfante su maquinación, en sus declaraciones ante el canciller había atenuado algo la deformidad de lord Clancharlie, insistiendo en el detalle de que Gwynplaine podía á su arbitrio suprimir el efecto de la risa y con-

vertir en sereno su desfigurado semblante, exagerando esta facultad. Por otra parte, desde el punto de vista aristocrático, ¿esto qué importaba? ¿William Cowper no era el legislador autor de esta máxima: *En Inglaterra la restauración de un par es más importante que la restauración de un Rey?*

Indudablemente la belleza y la dignidad deberían ser inseparables, y es enojoso que un lord sea contrahecho; pero este defecto, ¿en qué disminuye el derecho? El lord-canciller tomó precauciones, y tenía motivo para tomarlas; pero, realmente, ¿quién puede impedir á un par la entrada en la Cámara de los Pares? ¿La señoría y la monarquía no son superiores á lo defectuoso y á lo deforme? Las repugnantes manchas de sangre que salpicaban la cara de César Borgia, ¿le impidieron ser Duque de Valentinois? ¿La ceguera impidió á Juan de Luxemburgo ser Rey de Bohemia? ¿La joroba impidió á Ricardo III sentarse en el trono de Inglaterra? Después de reflexionar se comprende que aceptar con indiferencia altiva la fealdad y lo defectuoso, lejos de contradecir la grandeza, la afirman y la aprueban. La señoría está dotada de tanta majestad, que la deformidad no logra perturbarla; éste es el otro aspecto de la cuestión, y no es el menos importante. Nada, por consiguiente, podía ser obstáculo para la admisión de Gwynplaine, y las prudentes precauciones del lord-canciller, útiles desde el punto de vista inferior de la táctica, eran únicamente de lujo desde el punto de vista superior del principio aristocrático.

Al penetrar Gwynplaine en la Cámara, saludó «la silla real,» según se lo recomendó el rey de armas y se lo recordaron los dos padrinos. Era ya lord. Habíase elevado á la altura resplandeciente ante la que su maestro Ursus se doblaba espantado. Había llegado al sitio brillante y sombrío de Inglaterra, á la antigua cima del monte feudal, que desde hace seis siglos contemplan la Europa y la historia; á la aureola que asusta al mundo de las tinieblas, y había entrado en ella irrevocablemente. Estaba en su casa y en su silla, como el Rey en la suya. La corona real que brillaba bajo el dosel era hermana de la suya, él era par del trono. Enfrente de la majestad estaba la señoría; era menor que aquélla, pero semejante.

—¿Qué era él ayer? un histrión. ¿Qué

era hoy? un Príncipe; ayer nada, hoy todo.

Confrontación brusca de la miseria y del poder, abordándose cara á cara en el fondo de un espíritu y de un destino y transformándose de repente en las dos mitades de una conciencia.

Dos espectros, el de la adversidad y el de la prosperidad, tomando posesión de la misma alma y tirando de ella cada uno hacia sí. Patética repartición de una inteligencia, de una voluntad y de un cerebro entre los dos hermanos enemigos, el fantasma pobre y el fantasma rico. Abel y Caín en el mismo hombre.

V

CHÁCHARA ALTIVA

Poco á poco los bancos de la Cámara iban llenándose. Los lores acudían á la sesión. Estaba á la orden del día la votación del bill que pedía el aumento de cien mil libras esterlinas en la dotación anual de Jorge, de Dinamarca, Duque de Cumberland, marido de la Reina. Además se había anunciado que presentarían á la Cámara varios bills, aprobados por su majestad, los comisarios de la Corona, con el encargo y poder suficiente para sancionarlos, por lo cual iba á abrirse una sesión verdaderamente real. Los pares vestían el traje del Parlamento encima de su traje de corte; iban revestidos como Gwynplaine; pero los Duques llevaban cinco tiras de armiño, con bordados de oro; los Marqueses cuatro, los Condes y los Vizcondes tres y los Barones dos. Los lores entraban por grupos; se hallaban en los corredores y entraban continuando los diálogos empezados. Algunos, aunque pocos, venían solos. Sus hábitos eran solemnes, pero no sus actitudes ni sus palabras. Todos, al entrar, saludaban al trono.

Los pares afluían: en menos de media hora la Cámara estuvo casi completa, lo que acontecía siempre que se celebraba sesión real, pero no siempre eran tan vivas las conversaciones como entonces. La Cámara, adormecida al principio, producía ahora el rumor de una colmena inquieta; la desper-

tó la llegada de los lores rezagados. Traían noticias que comunicar, y, cosa extraña, los pares que estaban en la Cámara cuando se abrió la sesión, no sabían lo que había sucedido allí hasta que lo refirieron los que entraban.

Muchos lores acababan de llegar de Windsor. Hacía algunas horas que se había divulgado la aventura de Gwynplaine. El secreto es semejante á una red: cuando se rompe una malla, se desgarrará. Desde por la mañana, la continuación de los incidentes referidos, la historia completa de una pairía hallada en un tablado de volatinero y de un saltimbanqui reconocido lord, hizo gran ruido en Windsor entre los familiares del palacio real: hablaban de ella desde los Príncipes hasta los lacayos; desde la corte se comunicó el suceso á la ciudad.

Los acontecimientos tienen su peso, y la ley del cuadrado de las distancias se les puede aplicar. Caen en el público y se hunden en él con extraordinaria rapidez. A las siete no se conocía esta historia en Londres, y á las ocho se ocupaba de Gwynplaine toda la ciudad. Únicamente los pocos lores que, para ser exactos, habían anticipado la hora de acudir antes de abrirse la sesión, desconocían este acontecimiento. Sobre él les apostrofaban los que llegaron tarde, al verlos sentados en los bancos.

—¿Y qué? —interrogaba el Vizconde Monntacute, Francisco Brown, al Marqués de Dórchester.

—¿Qué?

—¿Es posible eso?

—¿El qué?

—¿El hombre que ríe?

—¿Quién es el hombre que ríe?

—¿No le conocéis?

—No.

—Pues es un clown, que tiene una fisonomía ridícula y espantosa; es un saltimbanqui.

—¿Y qué?

—Que acabáis de admitirle como á par de Inglaterra.

—El hombre que ríe sois vos, milord Monntacute.

—Pues eso no me hacer reír, milord Dórchester.

El Vizconde de Monntacute hizo una seña al abogado del Parlamento, que se

aproximó, confirmando á sus señorías la admisión del nuevo par, dándoles detalles.

—Cuando eso aconteció, hablaba yo con el obispo de Ely—dijo lord Dórchester.

El joven Conde de Annesley abordó al viejo lord Eure, interrogándole:

—¿Milord Eure?

—¿Milord Annesley?

—¿Conocisteis á lord Linneus Clancharlie?

—Sí. Era un hombre de otros tiempos.

—¿Murió en Suiza? ¿Es verdad?

—Sí. Eramos parientes.

—¿Fué republicano en tiempo de Cromwell y continuó siéndolo durante el reinado de Carlos II?

—No, republicano no era. Estaba resentido por una disensión personal entre el Rey y él. Sé de buena tinta que lord Clancharlie se hubiera hecho monárquico si su majestad le hubiera nombrado canceller.

—Os oigo con extrañeza, milord Eure, porque aseguran que lord Clancharlie era un hombre probo.

—¿Pero creéis de buena fe que haya hombres honrados? No, no existen en el mundo.

—¿Y Catón?

—¿Creéis en la virtud de Catón?

—¿Y Aristides?

—Hicieron bien en desterrarle.

—¿Y Thomas Morus?

—Hicieron bien en decapitarle.

—Según vuestra opinión, lord Clancharlie...

—Era de esa especie de hombres... Persistir en permanecer en el destierro es una ridiculez.

—Ha muerto ya.

—Era un ambicioso desengañado. Le conocía perfectamente.

—¿Sabéis que se casó en Suiza?

—Sí, lo sé.

—¿Y que de ese matrimonio tuvo un hijo legítimo?

—Sí, pero murió.

—No, vive.

—¡Vive!

—Vive.

—No es posible.

—Es un hecho real, comprobado, certificado y registrado.